

LA CHORRERA DEL PEDESTAL

CAPITULO 1

De cómo Julio Palacios perdió su fe en Dios por una mancha de tinta...

Lo veo, lo veo claramente. Era una página blanca, inmaculada, y sobre ella una mano cuidadosa trazaba letras perfiladas, legítimas, siguiendo esa olvidada y heroica escritura inglesa de principios de siglo. La cara del muchacho, alargada y atenta, gozaba al mirar cómo sus manos obedientes y hábiles trazaban la maravilla de las letras perfectas. Cómo se alargaba el perfil en un hilo hasta casi perderse en el blanco fondo inmaculado, al doblar la primorosa curva de los signos! Cómo se tornaba grueso, robusto, firme puntal de esa arquitectura de gracia, en los trazos fuertes, que brillaban su negrura potente, tanta, que al cerrar los ojos, continuaba brillando, en azul puro, sobre el rojo fondo de la retina tras de los párpados cerrados! Y cómo, en ese rincón del alma donde guardamos, cuidadosamente, nuestras pequeñas felicidades y pequeños orgullos, le comenzaba a crecer el gozo de su triunfo, el efímero triunfo que le florecería cuando el Querido Hermano declarase que él, Julio Palacios, tenía la mejor letra de la clase. Cuando lo pusiesen de ejemplo a sus compañeros y mirase brillar de envidia tantos ojos inquietos!

Porque la suerte de Julio Palacios no era la que puede llamarse una suerte buena, decente y codiciable. Desde que llegamos a saber que era hijo de cura - y, entonces, recién nos enteramos de que los curas también podían tener hijos-, y unimos ese conocimiento a su desgarrada figura de muchacho crecido con mucha rapidez; cuando, a pesar de constarnos que su sueño era escaso, tanto estudiar lecciones, lo vimos siempre ir castigado a la penitencia, por no lograr darlas correctamente, gracias a su mala memoria, a sus brazos tan largos, que nunca sabía donde colocar, a su timidez invencible, a sus grandes ojos apagados, a sus pies enormes, que siempre tropezaban, nos dimos a prenderle alfileres de burla, a hacerle crueles y dolorosos requiebros de risa. Porque tenía el llanto fácil, porque el rubor, sin motivo alguno, le inundaba el rostro, porque la lengua se le trababa y las palabras le salían estropajosas, sucias, sin nitidez ni fuerza.

Los únicos triunfos que le eran dados, muy pequeños para su suerte dura, eran los que le proporcionaban sus manos, firmes solamente cuando de trazar letras perfectas se trataba. Y ahora, cuando el Querido Hermano nos había ordenado hacer gala de caligrafía, para deslumbrar a nuestros padres en la exposición anual de fin de curso, era él quien, terminadas las dos horas de trabajo que se nos diera, iba a entregar su plana a la admiración de todos, tan impecable como si en una imprenta la hubiesen trabajado. Confortable y seguro, se anidaba en su apocado ánimo el nuevo triunfo, el que le daría la fuerza necesaria para soportar las burlas que aún le quedaban por sufrir, hasta que el fin de año, el amado mes de julio, lo lanzara a sus queridas vacaciones solitarias.

Pero, yo entonces ya lo sabía, aquello que está cerca del filo de la mano, aquello que hemos preparado con cariño, morosamente, trazando a perfección el detalle más ínfimo, es lo que, en el momento preciso, se pierde para siempre, nos rompe de amargura el instante vivible y nos deja el ama jadeante de los ojos llorosos y desanimados. Yo sé muy bien - ya entonces lo sabía - cómo es la mala suerte. Me acostumbré a acecharla y a seguirla, a pisarle las huellas, como el detective que persigue al ladrón. Conozco todas sus tretas tan finas y sutiles, y, cuando va a herirme, ya mi emoción la espera y sabe hasta donde llegará la perfidia sutil de su alfiler. Pero Julio Palacios aún no lo sabía. Estaba desprevenido, anhelante su pobre corazón de tímido, gozosos los ojos en la contemplación de la página perfecta, a la que solamente faltaban tres renglones para sus terminada. Y la mala suerte avanzaba, silenciosa, entre el murmullo compacto de la clase, personificada en dos pilletes sucios, alegres y ágiles, con silenciosos movimientos de felinos jóvenes.

Yo tenía mi puesto junto a Julio Palacios, en el mismo pupitre y, en esa mañana, me enrojecía el rostro el rubor de mi letra imposible, junto a la clásica perfección de la obra de mi compañero. Desde mi sitio, inquietamente, miraba trabajar a la clase. Había terminado ya mi plana, llena de las más detestables “patas de araña” hechas en ese día. De rato en rato miraba el trabajo de Julio Palacios y lo admiraba, con una lejana, pero cierta, existencia de envidia. Iba a lograr la palma que yo no lograría. Nunca mis dedos, tan largos y tan finos, lograron dibujar una letra aceptable. De nada me valieron mis lecciones brillantes, mis ensayos de redacción, ya llenos de inquietudes, mis amplios conocimientos en catecismo y doctrina cristiana, que hasta hoy conservo intactos y cabales. Nunca tuve el primer premio de clase, porque en caligrafía - la principal materia, según el Querido Hermano- jamás pasé del 2 y era necesario un 10 para alcanzar el más alto escalón. Y permanecía allí, inmóvil, sin atreverme a entregar, el primero, la plana mal hecha, porque sabía que el Querido Hermano me cubriría de oprobio ante la clase entera. Como siempre, esperaba que todos terminasen, para, en el tumulto de la entrega colectiva, deslizarse, imperceptiblemente, mi cuaderno entre los demás de mis compañeros, sin que el maestro se diera cuenta. Y, hasta entonces, miraba ...

Y vi acercarse la catástrofe. El “Ches” Vega y el “Cholo” Contento, en alegría de diablillos sueltos, gozando de antemano con el dolor ajeno, avanzaron haciéndome señas de que callase. Y yo callé. Sé que a la mala suerte no hay que torcerle el rumbo. Hay que dejarla hacer, dejarla herir, para así aplacarla cuando seamos nosotros su blanco preferido. Al filo del pupitre estaba el tintero común, grande y repleto, del que tanto Julio Palacios como yo nos proveíamos. Y al filo del pupitre apareció una manita sucia, con las uñas roídas, salpicadas de barro. El tintero saltó, describiendo una parábola suave, y, ante los ojos desorbitados de Julio Palacios cayó boca abajo, sobre su página perfecta, convirtiéndola en un lago negro que crecía, que embebía el papel, que corría en riachuelos hacia su traje pobre, hacia el suelo cubierto de polvo, hacia su alma, hasta hace un instante tan blanca, esperanzada y segura.

Como saltó tu alma a la par del tintero, Julio Palacios! Yo la vi replegarse hacia sí misma. Queriendo parar el golpe aun cuando fuera tan sólo con el aliento, con el soplo supremo de milagro. Y la vi distenderse, derrotada, palidez en tu rostro, llanto en tus ojos apagados, cuando cayó la mancha sobre lo que era blanco y se hundieron en sombra húmeda las letras perfectas trazadas por tu mano. Y luego vi ahogarse tu triunfo, al ir donde el Querido Hermano con ese pingajo negro rezumante que era tu cuaderno. Vi como se encendía de impotencia tu rostro, cómo las palabras se te quebraban todas, para que salieran sollozos enronquecidos de tu garganta turbia. Te vi colocado en el último puesto en el último puesto de la clase, por descuidado, por no tener bien seguro el tintero en su sitio. Oí la injusta reprimenda que el Querido Hermano te dio, colmándote de tristeza y derrota. Y, más claramente, como veo en este momento el papel en que escribo tu lamentable historia, vi, en tu alma, Julio Palacios, hijo de cura, nacido para acólito perfecto de toda misa grande, apagarse tu confianza en Dios y perdiste tu fe.

CAPITULO II

De cómo dos agentes del demonio se criaron matando sapos

No penséis que voy a relataros la historia de Julio Palacios. Sería demasiado mísera, demasiado monótona. No hallaríais en ella sino un ancho deseo de dormir, de estaros quietos, y guardaríais este libro debajo de la almohada. No. La historia que voy a relataros es la de aquellos dos pilletes que ahogaron la fe de Julio Palacios en un charco de tinta. Nacieron junto al Zamora, el pequeño río rumoroso que corre hacia el lado oriental de mi ciudad y la música ronca de sus escasas aguas los adurmió en sus primeros días. Eran hijos de lavanderas y, por eso, una amistad de vecinos, de chicos con igual suerte, los unió en los años. Cuando llegaron a la escuela tenían una amplia experiencia en cosas que nosotros, los de buena familia, hijos de doctores y hacendados, recién aprenderíamos. Sabían atravesar una cerca de alambre de púas; abrir, con el mejor sigilo el portón de una estancia; escalar los más elevados muros sin lastimarse en los filudos cascotes de botella que los coronaban; robar, en silencio cauteloso, capulíes, quiques y duraznos; derrotar a los perros en batallas campales y, sobre todo, encontrar sapos bajo toda piedra y matarlos, con sutiles refinamientos, riendo al ver hincharse sus cuellos fofos, de hombres cuarentones, en acesar sin término.

Triunfaron en toda pelea con los pobres maestros. Destruyeron sus libros y nunca se lavaron las manos pequeñas. Sus pizarras de piedra estaban siempre quebradas, con el marco en el aire. En la clase establecieron un pequeño reinado de terror. Prendían alfileres a los muchachos, cuando estaban descuidados en los momentos de oración. Ponían chicle masticado en los cabellos y luego había que cortarse grandes mechones con unas tijeras. Pintaban enormes orejas de burro en las espaldas de los que llevaban traje negro. Sabían hacer mil muecas indignantes y sacar la lengua en el momento en que la ira necesita de una gota más para desbordarse. Nunca se daban de puñetes. Eran muy poco fuertes y lo sabían. En los casos apurados corrían velozmente y, desde lejos,

lanzaban una verdadera lluvia de piedras, con buena puntería. Eran maestros en el arte de arrojar al paso de un señor venerable una cáscara de plátano y, cuando el hombre rodaba, en el suelo su humanidad voluminosa, se ponían muy serios y disimulados, continuando su camino como si nada hubiese sucedido. Ni sus madres, ni los Queridos Hermanos lograron jamás que se peinases. Por ello, sus ásperos cabellos rodaban, alborotados, sobre las frentes estrechas y morenas.

Aún cuando todo lo hacían y hasta pensaban al unísono, sus aspectos físicos eran completamente distintos. El “cholo” Contento - que no desmintió nunca su jovial apellido- gordo, con la piel lustrosa, los carrillos repletos y colgantes, los ojillos burlones bajo unos párpados gruesos y pesados, la nariz ñata y los labios golosos y abultados. El “Ches” Vega -le llamábamos así porque no podía pronunciar la conjunción “tr”, de manera que decía “ches” por “tres”-, en cambio, era delgado, más alto, con la carita chupada y las manos más hábiles. Cuando decía “ches” o “cuacho” eran las únicas ocasiones en que podíamos reírnos de él. Risas que, siempre, las pagamos caras. No porque fuese vengativo, sino porque había nacido para aprovechar toda las ocasiones en que se pudiera hacer una mala pasada a cualquier ser viviente.

CAPITULO III

Donde una antigua colina, una virgen de bronce y un pedestal sin estatua dan motivo para una pequeña meditación sobre la vida

Dominando la ciudad, suavemente curvada, cruzándola un arroyuelo rápido, la Colina del Pedestal posee el sol primero, violento, lleno e gozo de vivir y posee el sol último, ya tímido y dorado, que los venados ágiles aman y persiguen. Sobre ella no crece casi nada. Dura roca su seno, tan sólo las heroicas plantitas de los quiques viven en ella, para dar a los niños su agridulce alegría en las tardes de asueto. Allí se levanta la estatua de la Virgen de Bronce, elevada con las erogaciones de los campesinos, cuya cabeza violácea está rodeada por una aureola de estrellas ennegrecidas. Es la reina y protectora de la ciudad y los poetas de los tiempos antiguos la celebraron con fervorosa unción. El himno de Loja la canta:

“Surja aquí la ciudad de María:
Dijo el noble e hidalgo español”.

Está de pie, juntas las manos sobre los senos virginales, en actitud de orar, sobre el alto y blanco pedestal enyesado. Por éste, que permaneció largos años sin su estatua, tomó la colina de extraño nombre que hoy lleva: la Colina del Pedestal.

Al medio, como un cinturón suave, callada y tranquila, avanza la acequia de la luz eléctrica, bordeada de álamos delgados y violentos eucaliptos jóvenes, que hunden en la roca la ávida finura de sus raíces, extrayendo de su seca dureza su savia juvenil, la

ferocidad de sus ramas retorcidas y la fuerza viril de su perfume. El agua, cristalina en verano y amarilla en invierno, llega, lentamente, a un pequeño tanque de cemento y desde él se precipita a las turbinas, encerrada en dos grandes tubos de acero bañados de alquitrán. En el tanque hay dos finas cernideras, de acero también, siempre llenas de las más variadas hojas, de flores ahogadas y, muchas veces de pequeños cadáveres de animales, perritos lanudos, gatos con los ojos saltados, gallos de crestas rojas y ojos apagados. Como durante el día no funciona la planta, el agua, inútil, salta sobre la compuerta de madera, situada al lado derecho del tanquecillo y se lanza, batiéndose en oleajes de espuma, hacia el valle profundo, donde hilvana la ciudad, desde hace cuatro siglos, ininterrumpido sueño. Se cuenta que, cuando hay fuertes temblores, el agua se detiene, estática, como en las fotografías, con sus espumas en espera anhelante. Muchos lo han visto y tienen en sus ojos, imborrable, el extraño espectáculo. La chorrera salta doce metros con un ruido profundo, descomponiendo su agua casi sólida en espumas polícromas, mientras el sol la traspasa y la triunfa en gritos ardorosos. A su pie, hay siempre niños de ojos embobados que la miran caer eternamente, rugir y alborotarse sin cansancio posible, siempre igual y distinta siendo eterna sin dejar su efímera vida de corriente, siendo mil sin dejar de ser una, atronadora y grande, digna de vivir en el sueño y en la pesadilla. A su ruido fresco hemos pasado nuestra infancia todos los niños de la ciudad de Loja, entonces absortos ante su grandiosa pequeñez tan sonora y hoy, atareados en olvidarnos de esos días y de todos los que hemos vivido, lanzados en un torbellino de magnitud tan violenta como el que nos aterrorizaba a la vista de sus aguas enfebrecidas.

CAPITULO IV

Donde se apaga una alegría y suena una cadena

Era el tiempo de quiques y la vieja colina desnuda adquiría en nuestras mentes una importancia decisiva. Volvíamos a pensar en la gran chorrera y en los álamos débiles y en el agua tranquila. Allí, un año más, bañaríamos nuestros cuerpos sudorosos, después de correr bajo el sol potente, recogiendo los pequeños frutos agridulces entre breñas altas y peligrosas, sembradas de humildes orquídeas silvestres de formas caprichosas y fragancia discreta y pensativa. Viviendo estos pensamientos dominicales, las horas de clase se nos tornaban duras y agobiadoras. Especialmente al Ches y al Cholo, porque en ellos el estar sin moverse era estar sin vivir. Aquel día, por lo menos, discutían el asalto a la colina y, al planearlo, ya no sentía el terrible cansancio. La hora estaba pesada, el calor nos hacía respirar trabajosamente y afuera había un sol que invitaba a caminar desnudos y a entrarnos al agua. Los cuchicheos de su emoción los traicionaban y sus manos sucias y dañinas, rompiendo el margen de su catecismo deshilachado, hacían pequeñas bolitas de papel que, lanzadas fuertemente, chocaban en la cabeza de los muchachos agachados. Toda la clase somnolienta, escuchaba, sin atender, los afanes del Querido Hermano por explicarlos el intrínquilis imposible de la Santísima Trinidad. Habíamos llegado ya al instante solemne en que San Agustín, poseído de un orgullo satánico, paseaba junto al mar y quería comprender el tremendo misterio. Un niño jugaba con una concha entre las

olas y la arena, queriendo trasladar todo el mar a un huequecillo que había hecho en la arena. Y el santo comprendía...

La mención del mar trajo un soplo de frescura al bochornoso calor que llenaba la clase. Yo me puse a soñar con montañas de agua, encrespadas, en ese mar lejano y nunca visto, en el que los más grandes buques se hundían y donde los feroces piratas de Salgari asaltaban los tristes galeones pesados. El Ches y el Cholo, felices en su plan de domingo, creían no se oídos. Pensaban que sus voces no iban más allá del radio de su aliento. Mas su entusiasmo, creciendo, fue murmullo y llegó, suave y silbante, hasta los oídos del maestro. Sin dejar de hablar, el Querido Hermanito bajó de la tarima, con las manos metidas en las anchas mangas de su sotana negra, temblando levemente la blancura de su cuello bipartido. Marchaba beatífico y dulce y su voz tomaba verdaderas inflexiones paternas. Su paso era elástico y silencioso. Ellos estaban con las morenas caras encendidas, en el mejor momento de su claro proyecto. Y su alegría les vivió hasta que las manos gruesas y abaciales de profesor se posaron en sus cuellos y los alzaron en peso. Como a lo que eran, dos cachorros pequeños y livianos. Bruscamente, como una bujía que se sopla, se apagó el calorcillo de alegría en sus ojos. Un espanto helado, surgido de la peor región de lo imprevisto, se hizo presente en sus ojos, aún secos, más ya desorbitados en espera y angustia de lo iba a venir. El Querido Hermanito, gozoso, los transportó cerca de su escritorio. Suavemente, cuidando que se hicieran daño, los depositó en el suelo y ellos que quedaron, pequeñitos, mucho más pequeñitos de lo en realidad eran, con las cabezas bajas y una humilde actitud en las caras asustadas. Daban ganas de reír y levantarlos diciéndoles que todo era un susto y que ya había pasado. Pero para el Querido Hermanito el asunto recién comenzaba. Estos dos chicos lo venían molestando mucho, tanto o más que todo el resto de la clase. Su indignación para con ellos había ido creciendo insensiblemente y estaba ya a punto de rebosar. Era, de nuevo, la famosa historia del vaso lleno que una gota derrama. Ellos habían puesto la gota en esa tarde y se estaba derramando el indignado pecho del Querido Hermanito. Tardó hasta el final del día en terminar de verterse.

Nosotros mirábamos anhelantemente. El Querido Hermanito, con una voz suave y cruel al mismo tiempo, comenzó a explicarles lo mal que habían hecho. Les recriminó su eterna despreocupación, su escaso interés por el trabajo de clase, su incesante movilidad que distraía a los demás alumnos. Luego, alzando los ojos y mirándonos, mientras se restregaba suavemente las manos, nos dijo:

- Como ustedes habrán visto, estos dos son igualitos, como los bueyes de una yunta. Hasta hacen siempre los mismos movimientos.

Nosotros reímos. No porque quisiésemos agradar al Querido Hermanito, sino porque el parecido de ellos con una yunta se nos antojó exacto. El maestro los señaló con el dedo, al mismo tiempo que decía:

- No es verdad que son una yunta?

Ante la carcajada general, ellos pusieron una asustada carita de incomprensión. Comprendían que el Querido Hermanito había hecho un chiste y estaban sorprendidos de no hallarle la gracia, ellos, los primeros siempre en reír. El Hermano continuaba:

- Y una yunta no debe estar largo tiempo sin yugo, verdad?

En el colmo de la felicidad, aprobábamos:

- Sí, sí, Querido Hermanito.

No creo que fuese un impulso de venganza el que nos hacía proceder en esa forma tan poco solidaria. Es verdad que a todos nos habían puesto en ridículo, que a muchos nos habían hecho llorar. Pero no era venganza, no. Era que la cosa estaba sumamente graciosa. Era que siempre que castigaban a alguien nos entraba una rara alegría. Saltábamos en el asiento, lanzando gritos llenos de deseo de que el castigo durase largamente y fuese llevado hasta su último extremo. Por otra parte, los Queridos Hermanitos lanzaban los mismos gritos, pero más agudos, más en falsete, con una alegría mayor.

- Quieren verlos enyugados?, nos preguntó, de pronto.

- Sí, si, Querido Hermanito.

Palmoteábamos.

Nunca nos habíamos figurado una hora de mayor alegría. ¡Los iba a enyugar! Ellos estaban en el límite mismo del espanto. Sus caritas, levemente sonrojadas por la vergüenza, perdieron, súbitamente, todo color. Se pusieron cenicientas y era fácil seguir la aterrorizada fuga de la sangre hacia la cara interior de las venas. Tenían la piel pálida, con la palidez fatigada, laxa, de terror. Nosotros no sabíamos de donde iba a sacar el Querido Hermanito el yugo. Ellos y seguramente muchos en la clase, yo inclusive, comenzaron a figurarse el grueso yugo retorcido que pesa sobre la cabeza de los bueyes, atado a los cuernos por una veta endurecida, bronca, que corta las manos con sus filos, case de cuchillo. A ellos se les quebraría el cuello, sí, se les quebraría, porque el seso de un yugo no lo iban jamás a resistir. En su terror movían inquietamente las cabecitas, buscando el sitio de donde iba a surgir el terrible instrumento de tortura. Seguían, con los labios blancos y el aliento adelgazado, casi imperceptible, todos los movimientos del Querido Hermanito, cómo abría el gran cajón de la vitrina de útiles de geometría, cómo extraía de allí una gran cadena, muy gruesa y pesada, que había sido usada para sujetar a “Nerón”, el terrible perro de la Escuela que, un día, se tornó inolvidable para mí.

Al sacar la cadena del cajón, sonó de una manera extraña, inadecuada. Si hubiese sido una noche oscura, con silbidos de viento entre los árboles, nos hubiera llenado de terror su sonido, pero no de sorpresa. Hubiera sido algo lógico, el salir honrado de los fantasmas a cumplir su deber. Pero, allí, en la clase, a esa hora, en medio de esa alegría enfermiza que se producía al sonido del látigo, mas no de una cadena, con ese sol tan

claro, tan de día deportivo, era algo extraño, más aún, inadecuado, fuera de lugar, fuera de tiempo, insoportable. Nosotros gritamos:

- Ah! Una cadena! Como perros! Como perros!

Ya no eran una yunta. Cuándo, en dónde, iba a ser posible una yunta con cadena; Eran perros, sí, humildes perritos cogidos en una travesura. Nunca he visto más clara semejanza. Podía verles las humildes orejitas gachas, los pequeños hocicos húmedos y temerosos. Y de un momento a otro, me puse a esperar la llegada del primer aullido de dolor.

- Pónganse en cuatro, juntos -ordenó el Querido Hermanito-. Cuándo se ha visto una yunta en dos patas?

Pero nosotros no estábamos ya de acuerdo. Gritábamos:

No, no son una yunta. Son perros, son perros.

Una sola mirada del Querido Hermanito nos hizo callar. Además, queríamos ver cómo le iba a poner la cadena.

Ellos, desesperadamente, comenzaron a llorar. No comprendo cómo pudieron contener el llanto por un tiempo tan largo. Es probable que tuviesen una muy grande vergüenza de que los viésemos llorar. Habían hecho rabiarse tanto a todos, se habían reído tantas veces de nuestras lágrimas, que esta gran derrota des era demasiado dura. En sus pequeños corazones inquietos debió vivir una decisión heroica: la de sufrirlo todo sin lágrimas, como si fueran ya hombres. Pero no eran hombres todavía. Eran niños. Pequeños y alegres pilletes para quienes todo, en medio de duras privaciones, resultaba amable, porque tenían el raro secreto de la alegría. Pero, al fin, se les rompió la decisión heroica. Llegaron a ese duro momento en que las lágrimas saltan sobre la voluntad empobrecida y corren, sin aliviarnos, porque son de derrota, dejándonos empapados y débiles, incapaces de resistencia, con unos grandes deseos de morir. Yo he conocido eso en toda su tremenda amplitud. En este libro cuento, con todos sus dolorosos detalles, las veces en que las lágrimas de la más dura derrota -no he vuelto a sufrir iguales el resto de mi vida- quemaron mis ojos de niño.

Al oírlos llorar, el Querido Hermanito nos hizo un comentario:

- Ya están bramando. Bueyes mismo son.

Pero no, no eran bueyes. Me parecía increíble que el Hermano siguiese sosteniendo que eran bueyes. Eran dos perritos pequeños, con unas grandes ganas de morir. Y no bramaban. Lloraban tenuemente, con aulliditos tímidos, queriendo hacerse perdonar hasta ese pequeño llanto, queriendo que todos se olvidasen de ellos, ambicionando, acaso, como algo lejano e inalcanzable, una pequeña palabra blanda, el roce de una mano cordial, una caricia tibia, aún cuando sólo fuese hecha por el aire o por el pensamiento.

Pero todo era hostil, todo era duro: nuestra alegría cruel, que nada podía ablandar; y la sutil fantasía del Querido Hermanito, gozosa y pertinaz.

Cumpliendo la orden, se habían puesto en cuatro, muy juntos, con las cabezas a un mismo nivel, agachadas, casi rozando el suelo con la barbilla. El Hermano se acercó a ellos y comenzó a unirles los cuellos con la fría y sonora cadena. Al Cholo le puso el collar, el ancho collar del perro y cerró, riendo, las hebillas brillantes. Luego, con innegable habilidad, ató el otro extremo al cuellos del Ches y los estrechó, hasta que las dos cabezas estuvieran completamente juntas. Se fruncía la fina piel de los cuellos al rodar, estrecho, de los duros eslabones. Surgían manchas rosadas, escoriaciones que luego serían verdes y dolerían por largos días y, acaso, por semanas enteras. Cuando estuvieron completamente atados, les ordenó que corriesen, en cuatro pies, en torno de la clase.

- Que aren, que aren -gritaba.

Nosotros nos entusiasmamos. El dar la vuelta a la clase era uno de los castigos más frecuentes. Se les colgaba el libro roto, el cuaderno manchado o el cuadro negro de la ociosidad -lleno de pequeños demonios, de cuernos retorcidos, que sostenían el nombre del ocioso con sus manos adornadas de largas uñas puntiagudas- a la espalda. Y, cuando pasaban junto a los demás muchachos había autorización para darles puntapiés, para pegarles en la cabeza y hasta para escupirles. Pero nunca se había hecho dar a alguien la vuelta a la clase en cuatro pies. Nunca. Por eso, el hecho era extraordinario. Sólo que no eran una yunta. Cómo iban a ser bueyes esos dos humildes perritos llorosos, medio muertos de miedo, tan sin fuerzas para moverse, tan pequeños?

- Púyenlos, púyenlos- nos gritó el Querido Hermanito, con una voz vibrante, llena de alegría.

- Que aren, que aren!, gritaban algunos muchachos que no habían comprendido aún que no eran una yunta, que no podían ser una yunta.

Y empezaron a dar vueltas a la clase. Iban agachados, más pequeñitos que nunca y los eslabones de la cadena les brillaban sobre los delgados cuellos oscuros. Movían sus manos y sus pies rápida, obedientemente, como si tuvieran la secreta esperanza de que, corriendo bien, como el Querido Hermanito lo deseaba, lograrían su perdón. Todo en ellos era un pedir perdón humilde y tímido, pero insistente. Se comprendía con sólo mirarlos. Nosotros nos portamos a la altura de nuestras costumbres. Les dimos puntapiés, les escupimos, les pelliscamos, les arrojamos a la cabeza nuestras talegas de libros, les pisamos los dedos de las manos morenas pequeñitas. Y el Querido Hermanito, con la “melcocha” en la mano, dando saltos, los seguía, mientras los latigazos sonaban en sus nalgas puntiagudas, más altas que las cabecitas humildes y agachadas. Y era extraño oír sonar la cadena junto con las risas, los latigazos y el llanto casi silencioso, pero continuo, de los dos pequeños perritos castigados.

Fue una mañana verdaderamente divertida. Cuando salimos, estábamos cansados de haber reído tanto. Y no nos quedaba, para que todos lo sepan, la más pequeña huella de

remordimiento o amargura. Aún no habíamos llegado a la edad en que surge en el hombre ese sentimiento blando y dulce que llaman compasión.

CAPITULO V

Que consiste en un pequeño tratado sobre la muerte y termina con dos gritos sordos y un murmullo de agua a modo de responso

Al otro día, para consolarse, no fueron a la escuela. Estaban demasiado cansados, con el cuerpo dolorido y con una pesada vergüenza sobre el alma. No, no podían ir a la escuela. Antes que hacerlo se hubieran restregado con arena los ojos. No, ese era el día para olvidar, para curarse, para convalecer algo siquiera del golpe terrible que les había sido infligido. Era el día para buscar la paz.

Sentían, imprecisa y fuertemente, necesidad de sol, de campo, de la caricia fría del agua sobre la piel herida, de la tierna sensación que produce el nadar en el lodo, en la parte más baja de un remanso. Y, luego, poder matar un pájaro con certera pedrada o ahorcar un sapo con una piola fina, hasta que salten de una vez los dos ojos saltones y aparezca, pequeña mancha sucia, la lengua, sobre la viscosa mancha verde de sus cuerpos hinchados. Y escuchar el sonido profundo de la chorrera, humedeciéndolos suavemente con sus salpicaduras. Así, en lugar de ir a la escuela, tomaron la carretera soleada y ancha que conduce a la colina del Pedestal.

El sol estuvo con ellos y el agua también. La acequia estaba baja y podían meter en ella sus cuerpecitos sin peligro de ahogarse. Quebrar la serena imagen de los álamos en el agua, destruir los capullos de la oruga gigante, con su seda sucia e imperfecta, anheridos a las ramas débiles de las cosa-cosas que bordeaban la orilla y pescar jimbiricos introduciendo las manos en el espeso lodo azulenco del fondo de la acequia. A lo lejos, las máquinas del Aserrío de don Manuel Samaniego hacían llegar el zumbido ronco de sus bielas, sus ejes y poleas, donde, lentamente, corrían las anchas bandas de cuero. Estas bandas, majestuosas, cuya anchura pasaba de tres palmos, eran, al mismo tiempo, portadoras de la fuerza que partía los troncos y de la muerte vertiginosa, quebradora de huesos, moledora de carnes, para los hombres que a ellas se acercaban descuidadamente. Los envolvían en sus filos broncos, como si tuvieran garras, y cuando se lograba detener las turbinas ya no quedaba de ellos sino un pingajo sanguinolento. Ni las madres podían reconocerlos: era mísera carne molida, rezumando sangre. El zumbido lejano del aserrío se fundía con el murmullo suave del agua fría y sedentaria que, desde la acequia, se precipitaba, por la noche, en fuerza creadora de luz a las turbinas de la planta eléctrica y, durante el día, por el cauce perpendicular de la chorrera, en fuerza destructora de vidas, creadora también de ruido y de espuma.

Se dedicaron a cosechar quiques, prefiriendo los pequeños arbustos cuyas ramas cuelgan hacia el precipicio de ochenta metros de profundidad, que bordea el lado occidental de la

colina. Para alcanzar los frutos agridulces, de color morado, tenían que colgarse de las frágiles ramas de los arbustos prenderse, con toda fuerza, de las salientes de la roca, sembradas de una larga grama amarilla y de orquídeas silvestres. Para llegar al borde del precipicio había que cruzar un inexplicable espacio circular, completamente pelado, de tierra roja arenosa, verdadera isla en el mar de chamanas que cubría la parte superior de la loma. Era el verdadero centro de la cumbre y, al medio día, parecía que el sol quemaba allí con redoblada fuerza. En torno de este círculo desierto, los muchachos habían inventado una curiosa leyenda: se decía que allí iban a morir los grandes gallinazos, los que siempre vivían de la muerte. Cuando estaban heridos o cuando la edad los tornaba pesados, se dirigían a la cumbre de la colina, descendían en el espacio pelado y, colocándose al centro, extendían las grandes alas negras, se debatían un momento y morían. Ninguno de nosotros habíamos visto el cadáver de un gallinazo, ni siquiera en el sitio que se suponía era el preferido por ellos para morir. Sospechábamos que, tan pronto como sus cuerpos, acostumbrados al vuelo majestuoso y al sanguinario rapiña, quedaban apagados sobre la tierra roja, sus mismos compañeros los devoraban ávidamente, hundiéndoles los anchos picos curvos. Algunas ocasiones, investigando detenidamente éste, para nosotros, importante misterio, llegamos a encontrar esqueletos, probablemente de gallinazos, despojados hasta de la más remota fibra de carne, brillando al sol con una caliza nitidez de muerte ya lejana.

Mientras ascendieron la colina, por la pendiente brusca y fatigosa, sus pies fueron matando miles de insectos minúsculos, tronchando las melosas ramas amargas de los marcos -esa pequeña planta de hojas lanceoladas que utilizan los indios para matar las pulgas en sus chozas- y, en muchas ocasiones, pisaron sobre nidos ocultos en la grama, nidos de torcaces, cuyos huevos moteados mancharon el suelo con la blanca clara inmaculada y el oro de la yema, mientras ellas, las oscuras y pesadas palomas, volaban en una huida ruidosa y aterrada.

En general todo barranco profundo ofrece un incentivo jovial a la muerte, que es casi como una simple y juvenil invitación al vuelo. El que limita la colina del Pedestal, como ninguno, ejerce esa atracción, borrándole todo lo que pueda tener de siniestro y sugiriéndola el ánimo como una simple y luminosa experiencia. Tras él, brilla la carretera a Puerto Bolívar, desenvolviéndose en suaves curvas amarillas y los automóviles pasan pequeñitos, como insectos veloces, dejando en el aire una espesa huella de polvo que el viento disipa con perezosa lentitud. Da gusto -es un total descanso- tenderse en el suelo y asomarse, reptando cautelosamente, al filo del precipicio y pensar, con toda calma, en esa tierra negra del fondo, donde hay siempre, matemáticamente trazados, blandos surcos para la siembra del trigo, o trigales en verde o dorado ondular incesante, en el que puede advertirse el ansia con qué esperan la llegada de la hoz las espigas inquietas, deseosas de la aventura suprema de la trilla y de las muelas del molino. La posibilidad de saltar sobre el campo recién arado o sobre el trigal ondulante se presenta al espíritu como una cosa dulce. Sin cerrar los ojos, espectando la propia muerte, puede uno figurarse el caer indeciso del cuerpo, que se lanzara en vertiginoso salto. Y se puede sentir, con una realidad casi sensorial, el choque del cuerpo contra la tierra, su quebrarse brusco y su hundirse, como una semilla, en la tierra blanda de los surcos. Se puede calcular exactamente el tamaño de la huella que dejaría en la

alfombra tupida del trival. Y se comprende que, en el momento de quebrarse y hundirse, en el momento del terrible choque, aún conservaría la deliciosa sensación de la asfixia, producida por la velocidad con que se corta el aire en la caída, oprimiendo en estómago más fuertemente que en la segura velocidad del columpio, tan llena de alegría.

Esta invitación al salto, a la muerte veloz y gozosa de la caída, no la ejerce el barranco del Pedestal solamente sobre el ánimo humano. Los animales la sufren también y ceden a ella, en una forma que, lo presiento oscuramente, debe ser el gozoso obedecer a una voz poderosa y profunda que, desde la tierra negra del fondo, los llama y a la que no pueden resistir. Si estoy asegurando esto, es porque tengo una historia que contar, una historia que comprueba lo que acabo de decir. Cuando mi padre hizo su viaje a la frontera, se compró en Macará un magnífico caballo negro, de pura y legítima raza peruana, criado en La Tina con semilla de algarrobo, de chupado vientre y pecho perfecto. Era un bello animal nacido para la carrera, con la cabeza aguda sobre la curva soberbia del cuello lustroso, con la grupa amplia. Estaba construido por la naturaleza sobre el modelo alado de la flecha. Nosotros lo amábamos y yo deseaba crecer para cabalgarlo. Era valiente y su paso, veloz y seguro, hacía saltar chispas de las piedras del camino. Todos los muchachos de Loja admiraban el hermoso animal y yo sentía por ello un legítimo orgullo. En cierta ocasión, durante el verano, se derrumbó la acequia que regaba los potreros de mi hacienda de Santa Gertrudis, y papá hizo llevar el caballo a la colina del Pedestal, donde aún quedaba algunas gramas y, donde, si arreciaba el verano, se lo podía alimentar con alfalfa comprada en la ciudad. Era casi imposible tener atado al caballo, porque su fogosidad le hacía enredarse las finas patas en el cordel y todos temíamos que muriese apalado. Resolvimos, pues, tenerlo suelto en la colina. Como la propiedad estaba bien cercada, no había que temer que se escapase. Pero un día sucedió algo tan inesperado como inexplicable: se encontró al caballo al pie del precipicio, hundido en la tierra del trival, desnucado y con los ojos abiertos. Lo hallaron a las ocho de la mañana, y estaba completamente rígido, por lo que todos supusieron que había saltado durante la noche. El hecho, en si mismo, era inexplicable y nos conmovió hondamente. Sabido es el terror que tienen los caballos a los principios, especialmente durante la noche, y la finura de su instinto para percibirlos. Además, el impulso de saltarlo sin ser acosado -y estamos seguros de que nadie lo acosó- no puede ser explicable de ninguna manera. Alguien insinuó que, por la carretera, debió cruzar una yegua relinchando y que el caballo, oyendo el eterno reclamo, saltó hacia la muerte en busca de esa fuente de vida. En realidad, el sexo está muy cerca, colindando, con la muerte. Pero no creo que la explicación deba ser admitida. Yo estoy convencido de que el caballo escuchó otro llamado, más misterioso y profundo, ese llamado al salto, a la caída deliciosa y veloz, al sueño hundido en las espigas, que del barranco brota y que puede escucharse, claro, insistente, al bordear sus orillas. Con frecuencia me asedia la visión de ese salto victorioso en la tiniebla, el magnífico animal describiendo en el aire una parábola, mientras un relincho de triunfo jubiloso llenaba toda la soledad de la noche.

Las orugas son muy suaves y, al aplastarlas, ceden bajo la presión de los dedos como el sebo después de calentarlo. Los grillos son duros y saltones. Se escurre, hay que oprimirlos fuertemente y, antes de morir, lanzan quejidos tenaces, mientras la verde quitina que recubre sus curpecillos se triza con el sonido humilde de una ampolleta de

inyecciones al romperse. Los zúngaros capachos no mueren fácilmente. Sobre ellos no vale la presión de las manos ni aún la de los pies, por gruesa que sea la suela del zapato. Son unos raros coleópteros brillantes, de color caoba oscuro muy hermoso, con un cuerpo muy grande sobre su pesada cabeza y tres pares de patas terminadas en largas uñitas puntiagudas que se adhieren desesperadamente a las manos, hasta hacerlas sangrar. Pueden, ayuntándolos, arrastrar una cajita con un grueso candado dentro, un candado que pese diez veces más que ellos. Para matarlos hay que mondarles la cabeza con un cortaplumas, tomándolos entre los dedos pulgar e índice de la mano izquierda y haciéndolos girar lentamente. De sus cuellos decapitados se vierte un abundante y frío licor amarillo, espeso, como crema de pastel. Dan la impresión de una caprichosa botellita llena de rompopo, derramándose. Cuando hace sol, cuando el aire es fino y refrescante y en el cielo la única mancha es la de un cuervo que, en la más alta altura, hace perfectas evoluciones sobre un lejano objetivo no visible, es muy bello matar los pequeños bichos del campo. El Ches y el Cholo lo sabían. Mataron todos los grillos y zúngaros que cayeron en sus manos. Un fino aire de muerte, juvenil y gozoso, flotaba en la mañana. Era como una fuerza suave irresistible, nacida en el júbilo perfecto y puro de vivir, que regía el destino sutil de ese sol y ese aire, tan llenos de la vida mejor. Ellos, los dos pilletes que en esa mañana faltaron a la escuela, obedecían esa fuerza que arrastraba a todos los seres que estaban allí, con una luminosa y disciplinada expresión.

Era y es la colina del Pedestal un lugar donde la muerte vive y vibra con innegable fuerza. Se la oye alentar, se la palpa y respira y, sin saberlo, sin que llegue a la consciencia estricta y razonadora, se la desea como el mejor bien, como el más precioso don de ese campo tan árido y tan lleno de luz. Nos hemos acostumbrado a imaginar oscuros terroríficos los sitios donde la muerte vive. Y eso no es verdad. En los sitios oscuros mora un terror animal y dañino que no es, en ninguna forma, la verdadera muerte, que surge de la vida como su mejor y completa realización, que es fuerte, cuyo hálito alienta y vigoriza. No. Cuando la muerte aliente, lo hace en una forma jugosa, llena de fragancia y de luz, como las frutas que nos tientan y que solo son nuestras cuando la muerte las ha separado del tallo que al tronco las unía. En la colina del Pedestal solamente puede dominar la alegría. Muchas veces, cuando niño y cuando hombre, en soledad o entrañable compañía, la he recorrido. Muchas veces inicié su ascensión con el ánimo triste, pero, a medida que el imperio de su aire sobre mí se ejercía, un júbilo puramente animal comenzaba a reinarme. Y nunca dejó de actuar en mí como una insistente invitación al descanso, al sueño profundo, al perfecto morir. En ella no hay un solo árbol que haya sombra espesa. Y, sin embargo, todo está juvenil, aún las chamanas raquílicas que pueblan su altura, aún el pelado campo rojo donde mueren los gallinazos, aún las rocas desnudas de su Quebrada de los Zorros, desde donde se ve, pequeña y fina, la sombra de la Virgen de Bronce.

La chorrera, al fondo, rugía su llamado, el más claro, más conciso y profundo. Se adivinaba, desde lejos, la furiosa limpidez de su espuma, su gozoso golpear contra las rocas, sus saltos empapados de sol, de ese sol, como nunca, veraz. Los dos pilletes, oscuramente, escucharon el llamado y obedecieron. Estaban tan cerca de la tierra, que les era imposible desoír esa voz jubilosa. Dejaron sus quiques agridulces y bajaron, a saltos, la pendiente arenosa, olvidados de todo, deslumbrados, llenos de muerte los ojos y los

labios. La muerte estaba allí, ejercía su gobierno amable, era toda alegría. Estaba en el aletear de las libélulas azules que describían amplios círculos sobre la tranquila superficie de la acequia; en el lejano ladrido de un perro cuidado; en la pequeña mosca vercosa que produce el ántrax -esa muerte parcial sobre la piel del hombre-; en la corola humilde del dondiego -de- día, con su sol amarillo sin luz y su belleza triste por nadie presentida. Estaba en las nubes algodonosas y lentas, marchando hacia un final de lágrimas y lluvia. Estaba en el gavián que, seguro, dominaba en el cielo, buscando una codorniz distraída. Y estaba, como en ninguna parte, en las aguas, sí, allí donde una voz oscura y dulce los llamaba. En el torrente raudo, tras la compuerta de madera, donde las aguas se enloquecían y donde ellos inclinaban, gozosos, colorados sus rostros por un febril apresuramiento que los estremecía. Se dedicaron un momento a arrancar de la orilla pequeñas flores de diversos colores, que arrojaban al torrente impetuoso, mirándolas hundirse en los fugaces remolinos, salir por un instante, mojadas, redivivas, y desaparecer, vertiginosamente, hacia el salto de agua, cercano fascinante.

Por instantes, la muerte se agravaba, tornándose material y tangible, dejando un cosquilleo alegre en las yemas de los dedos y pesaba, como una pluma fina, sobre los párpados, sobre la comisura más tenue de los labios. El sombrero de uno de ellos -De cuál?-, ya no importaba, no había entre ellos diferencia posible, eran tan sólo dos granos pequeñitos de la gran mazorca, que estaba desgranándose- se resbaló de la cabeza por la violenta inclinación y rodó al torrente. El muchacho alargó tras él su mano ansiosa, llena del temor de perderlo, de regresar a casa sin esa prenda, vieja ya, y adquirida un día a costa de duros sacrificios. Al alargar la mano, el muchacho perdió el equilibrio y cayó sobre el agua. Corrió el mismo destino de las pequeñas flores que había estado arrojando al torrente un minuto antes. Chocó contra las piedras con un grito ahogado. Se hundió. Reapareció. En ese instante, rapidísimo, el otro muchacho intentó salvarlo. Al inclinarse, con ambos brazos extendidos, perdió el equilibrio y cayó al agua. Se hundió, con un grito ahogado y volvió a aparecer. Y, luego, el viaje cruel y raudo, por la pequeña cascada, envuelto en la espuma inmaculada. Después, solamente el profundo roncar del torrente, reposado y solemne.

EPILOGO

Donde, frente a dos pequeños ataúdes, se tiemblan los labios

Yo no vi sus pequeños cadáveres destrozados, ni sus caritas crispadas en el último grito, ni sus pupilas, abiertas e inmóviles, donde debía estar grabada el agua retorcida que fue

su última imagen. Solamente vi, ya cerradas, las dos cajitas de madera, negras y toscas, ornadas con una cruz de purpurina que enmarcaban dos sencillas ramitas. Estaban en la capilla de la escuela y las habían colocado juntas, como ellos estuvieron en vida. Al mirarlas, nació un profundo deseo de llorar. Nos había invadido un silencio frío, aterrado, que nos hacía daño. Nos dolían los pies inmisericordes con que el día anterior los herimos. Nos dolía esa cadena fría y sonora con que los enyugó el Querido Hermanito. Nos dolía, dentro de la garganta, apagándonos las palabras, las risas crueles y glotonas con que celebramos su pequeño dolor. Hubo un momento en que logré alzar los ojos, venciendo la pesadez de plomo que agobiaba mis párpados, para mirar al Querido Hermanito. En mis ojos reposaba un rencor oscuro: en el fondo de mí lo hacía responsable de esa muerte terrible. Estaba silencioso, y en sus labios se podía advertir un temblor convulsivo que podía ser oración y podía, también, ser miedo al desconocido poder que, desde su crueldad, llevó a esos dos niños a la muerte en la más clara mañana del año que vivíamos.

Quito, 1938

